

sabe más de tramoya que un cura de ayunos.

Es lo que dirá don Ricardo: para quien mi hijo es, con mi nuera le basta. Y ¿no es asunto teatral el de esas conferencias? Pues nadie más indicado que el censor respectivo para representarnos.

Pero nada tan ocasionado a regocijados incidentes como el agasajo oficial acordado al representante de Estrada Cabrera, quien trae—, además de su carácter propio que debe ser muy templado a juzgar por las trazas—el de Ministro Plenipotenciario de aquel Honorable Presidente.

Desde el día siguiente a su llegada, ya estaban en trájín los carruajes nacionales. Lo primero es enseñárselo todo, había dicho Prestinary asumiendo extrañas actitudes de hombre malo, y guiñándole un ojo a Adán, quien entretenía a la sazón con sus chispazos de Rigoletto la digestión del Mandatario.

Bueno, ¿a dónde lo llevamos primero? gruñó Manuel Castro, lamentando por primera vez la ausencia del Subsecretario.

Que lo lleven al Asilo Chapuí, dijo con mucha sorna don Felipe que voceaba en el coro.

No, que vaya a la Penitenciaría, remató el Coronel perversamente, recordando talvez sus malos ratos de Guatemala y su destitución en tiempos de don Cleto.

Quien opinó porque debía llevarse al Liceo al Diplomático; quien que a la Algodonera primero; y no faltaron opiniones favorables al cementerio y aun al *Rastro*.

A esa sazón aun no se había dispuesto que la Comisión de Fiestas hiciera de Protocolo *ad majorem dei gloriam*, costado por la buchaca de los contribuyentes.

De donde se colige que el deseo de agradar a su Excelencia es unánime en los mangoneadores de la cosa pública, por lo que mucho me temo venga a resultarles lo que es voz y fama aconteció al demonio; que de tanto querer a su hijo hasta le sacó los ojos.

Después de todo, ¿no sería ello lo más acertado que podríamos hacer con todas estas aves del pacto Centro Americano para mantenernos libres de la tempestad que su presencia agorera nos señala?

* * *

El amor a los niños está en moda. Hablo en el más casto y elevado sentido.

Ya se ve que en la jerga reproductiva no habría de ir esto, desde luego que a todos nos consta el horror a la procreación que es mal endémico en nuestra sociedad. El tener hijos va siendo entre nosotros un gusto prohibido por las altas tarifas aduaneras que al encarecer la vida, la hacen casi imposible para los hombres, penosilla para las mujeres, y un tanto calamitosa para los *bebés*.

El peor regalo que a la fecha puede hacerse a una señora casada es la venida de un llorón. Y de las solteras no hablemos. Las cuales, cuando suelen entregarse a honestos discreteos con sus novios en cualquiera de las innumerables casas de cita extramuros que todo buen cochero conoce hasta dormido, lo hacen con su cuenta y razón, advirtiendo que no desean multiplicarse.

Mientras las estupendas ideas que los compañeros de chifladura libertaria han sostenido teóricamente acerca del amor no lleguen a adoptarse como norma social, ello seguirá siendo así aun cuando don Felipe bajara su Arancel que es como si San Juan agachara el dedo.

Pero no, hablo de esa forma de amor a los niños... ajenos, que trae derretidos hasta a gentes que en su vida habían pensado en la delicia de acariciar un colchoncito de bucles graciosamente asentado sobre unos ojitos parlanchines. Hablo de esa forma que sí puede mostrarse de cara al sol de talco de la época presente sin sentir sonrojos sino antes bien oronda vanagloria.

Me refiero al interés que en cierta clase social va despertando la suerte de los niños pobres que no tienen pitos